

Cuentos del domingo

FEBRERO 12 DE 1899

LAS TRES GUIAS

(CUENTO SBLAVO)

LA LUZ crepuscular cenicienta había sustituido al brillante resplandor del sol en la selva donde Hilda seguía caminando, desde por la mañana, después de haber atravesado, risueña y contenta, unas praderas acariciadas por los reflejos diamantinos de un sol canicular.

Hilda caminaba á pie y engolfada en sus risueños é imaginarios planes, no advirtió que había penetrado en un profundo y tupido bosque, donde los árboles intrincados por multitud de lianas que, ya en festones continuos ó enroscadas sobre sus gruesos troncos, semejan enormes serpientes inmóviles como sumidas en profundo letargo.

No había advertido tampoco que la noche la sorprendería en medio de la naturaleza virgen, en ese silencio sólo interrumpido por los gritos extraños de los pájaros multicolores y el zumbido monótono de los insectos en sus continuadas contradanzas por las calles húmedas de aquel laberinto de follaje, piélagos inmenso de vegetaciones.

Cansada y atormentada por el frío, el hambre y la sed, sin fuerza casi para pedir auxilio ni proseguir andando, echóse al pie de un pino cuya copa de aristas semejaba una capilla gótica y se quedó profundamente dormida.

Al poco rato y como surgida del mismo tronco del árbol, hicieron su aparición tres doncellas que despertándola con suavidad dijeron que acudían á socorrerla.

Una iba vestida de negro y cubierta la cara con un velo, no tan espeso que no dejara entrever el azul de sus ojos humedecidos por acres lágrimas que escaldaban sus mejillas, y sobre sus espaldas flotaba el oro de su cabellera.

La otra ostentaba rica tela de púrpura, y gruesos brillantes de incalculable valor guarnecían los adornos de oro de su diadema frontal. Sus labios gruesos y rojos reflejaban la sensualidad y en sus ojos resplandecía todo el calor tropical. De la faja que cenía su talle pendía una bolsa llena de monedas y de piedras preciosas.

La tercera tenía un vestido de gasa blanca con adornos celestes, y grandes alas plateadas partían de su espalda. Su mirar era dulce y casto, propio de una virgen, mientras su boca entonaba un cántico de inefable armonía.

—Deseo salir de esta selva

donde me muero, dijo Hilda; socorredme.

—Escoged la compañera que más te plazca, dijeron las tres.

Hilda dejóse deslumbrar por el fulgor de los brillantes y tomó á la segunda como guía, mientras las otras desaparecían. Caminaron muchas horas en la oscura selva, hasta que la joven se detuvo vencida por el cansancio y exclamó: no puedo andar más.

—Mucho nos queda aun que caminar, pero pronto llegarás á ver un castillo enclavado sobre focos profundos; en él vive un joven y poderoso señor á quien deberás acompañar y complacer en todos sus gustos, recibiendo en cambio la felicidad que buscas, los honores y las riquezas de las cortesanas.

—¿Qué horror! ¿Quién eres que así me aconsejas?

—Soy la voluptuosidad y no conozco más poder que el oro; oro que sirve para comprar la virtud de las púdicas doncellas!

—Apártate—dijo la joven retrocediendo.

Después de haber lanzado una carcajada, la visión desapareció y ante sí tenía Hilda á la mujer de velo negro y á su compañera de plateadas alas.

—¿A cuál de nosotras quieres seguir?

Y como la tristeza de su alma simpatizaba con la primera de melancólica mirada, la eligió por guía.

Anduvieron mucho tiempo hasta llegar al borde de un abismo de donde salía un denso vapor entremezclado de gritos y sollozos y en cuyo fondo revolviábase en horrible confusión hombres y mujeres, serpientes y monstruos de toda especie.

Mucho nos resta de camino, pero mira en el fondo del abismo y hallarás el fin de tus sufrimientos; la terminación de tu calvario.

—¿Qué horror! dijo Hilda, retrocediendo. ¿Quién eres tú?

—Soy el escepticismo que invade las generaciones presentes, soy la incredulidad, soy el acto reprobado por la conciencia social, en fin soy el suicidio, respondió la desconocida.

—Apártate de mí, dijo Hilda, cayendo al suelo desvanecida.

Una armonía divina estremeció la selva y volviendo en sí la joven vió delante de ella sola á su última guía.

—No temas la dijo ésta, ven conmigo, aun nos resta mucho que caminar pero Dios oye los ruegos de los que sufren.

Y siguieron penosamente andando por encima de muchos árboles derribados, franqueando muchos obstáculos y luchando

contra un sinnúmero de fieras que el ángel tutelar de Hilda ayudaba á matar.

Llegaron por fin á los linderos del bosque y ante ellos se extendía feraz planicie cubierta de flores y de gramíneas.

Entoñes exclamó la desconocida: La selva que has atravesado es la selva de las miserias mundanas.

—¿Y quién eres tú, que tan bien me has conducido? preguntó Hilda.

—Soy la virtud, y se desvaneció cual leve sombra.

Hilda seguía de rodillas en medio de la feraz planicie, rodeada de un círculo de flores cuyos aromas embalsamaban la atmósfera en una bella mañana de mayo con cielo azul y esplendente. Angeles alados entonaban en su derredor cánticos de una melodía divina de inmortales y castas vírgenes.

Pero ¿qué hacía Hilda? Yacía en medio de las flores; rodeaba su cabeza una aureola de fuego: la infeliz había muerto.

I. D. LABIT.

LIBERTAS.

Es preciso luchar. Es necesario vivir en ruinas y pisar escombros y recorrer la ruta del Calvario con la pesada cruz sobre los hombros.

Que el trueno ruja, que retiemble el suelo, que el cárdeno zig-zag del rayo alumbré la vasta inmensidad de agridado cielo y caiga abramador sobre la cumbre.

Es preciso sentir la hiriente mofa y vencido caer en la pelea para que vibre la triunfal estrofa, para que estalle con fragor la idea!

ERNESTO O. PALACIO.

APARICIÓN.

Allá por los años de 1821 cuentan que se apareció á un ilustre centroamericano en las altas horas de la noche, una mujer deslumbradora, de frente alba y erguida, que ostentaba una diadema brillante cuyos rayos despedían luz extraña jamás vista por los ojos del patriota.

—Bella mujer, ¿quién eres? ¿qué grandeza inaudita se me presenta en estos momentos? eres diosa? eres visión?.....dijo el profunadamente emocionado.

—¿No me conoces? —respondió ella cariñosamente acompañando estas palabras con una sonrisa encantadora,— ¿Será posible que no me hayas visto? Recuerda, tú me acariciabas....

—Ah! Como en sueños....pero no, en mi vida he visto imagen tan celestial, mis pupilas no han contemplado nunca claridad semejante.... mi corazón jamás se ha subyugado por una simpatía tan grande como la que por vos siento....., y poniéndose de hinojos exclamó: ¡Mujer yo te venero!

—Levántate, me repugna verte en esa humillante posición; oye lo que dice este pliego que te voy á entregar: "Seréis libres, unios y progresad"; yo soy tu hija, la causa de tus insomnios: soy la independencia centroamericana.

—Bienvenida seas, hija querida yo te saludo! —balbuceó el patriota.

SALV. VILLAR.

AÑO NUEVO.

Un año más no significa nada:— Quiere decir un año que ha pasado, Que no almanaque nuevo *Armar* comprado Y que sigue la vida comenzada.

¿Cuánta ilusión se ha visto disipada! ¿Cuánta bella esperanza ha fracasado! ¿Cuánta amargura y pena se ha llevado El año que termina su jornada!

Sigue latiendo el corazón herido Con el destino siempre en guerra cruda Sin encontrar la dicha apetecida.

No flaquear es la ley, no ser vencido, Corazón, sigue, pues, tu lucha ruda, Que aprendiendo á sufrir pasa la vida.

ABRAHAM SOLANO P.

PAISAJE.

Caía la tarde: los últimos rayos de un sol esplendoroso, quebrándose en el ramaje, dejaban la loma iluminada tenuemente con esa luz suavísima y misteriosa que presta el crepúsculo de una tarde de verano á la selva umbrosa. Allá lejos, en el llano como inmensa cinta brillante veíase serpear el río en su curso suave. A su margen percibíanse las casas del Pueblo, cuyos contornos no parecían muy acentuados por la distancia. La humilde Iglesia casi en el centro, elevaba su campanario, albergue de un esquilón, y el blanco de cal de sus paredes vigorizando los perfiles de su perspectiva dejábalos ver en toda su sencilla desnudez de adornos arquitectónicos.

Hay horas y sitios de una poesía infinita y el agonizar de un hermoso día, entre el follaje de la selva, con las mil notas que forman el concierto de la Naturaleza que se dispone al descanso de la noche, es un momento tan sublime, de tan dulcísimas sensaciones que en vano trataríamos de resistir á su poderosa influencia ejercida sobre un alma que siente y comprende.

En esos momentos de poético arrobamiento, cuando todos nuestros sentidos saturados de exquisitas sensaciones permiten al alma delicado contacto con el mundo exterior embellecido extraordinariamente con cuanto de hermoso tiene la naturaleza, cuando así nos engolfamos en los ideales del sentimiento y prescindimos de lo material, acude espontáneo, magnífico, conmovedor, á nuestra conciencia el recuerdo de Dios. Instintivamente levantamos al cielo nuestros ojos, pasan las miradas á través de las copas cimas de los árboles y con ansiedad infinita escudriñamos el azul....

Suena en el lejano campanario el toque de ave-María, oración sencilla del aldeano humilde, y aun sin quererlo nosotros, retiramos del cielo la mirada llevándola al interior de nuestra conciencia, y derramando los ojos una lágrima el labio se mueve para rogar á Dios.

G. ORUMAT.

CORRESPONSALES

Del Cantón de Mora (Villa de Pacaca.)

Señor Director de LA NUEVA PRENSA.

Me permito señor director dirigirle desde esta apartada, pero floreciente Villa, mi correspondencia que servirá de pequeño y humilde estímulo para aquellos que á nuestro juicio lo merezcan, como también de crítica fuerte para los que á ella son acreedores.

Paso pues, guiado únicamente de mi buen deseo, á narrarle, aunque lijeramente, ciertas cosillas que al progreso, cultura y bienestar de esta Villa atañen, como también á los paseos y diversiones de las familias que aquí veranean.

Cábeme el placer, de dar al señor Director de la Filarmonía de esta Villa un caluroso aplauso por el éxito brillante obtenido por él con los nuevos, cuanto estudiosos jóvenes y aplicados alumnos que componen aquel personal. Vaya para ellos nuestra felicitación más cordial, y que el éxito feliz corone en lo sucesivo, tanto los esfuerzos del Maestro Director, como los de sus discípulos.

A mí venida á ésta pude notar el mal estado en algunas partes, del camino general que desde esa capital conduce á esta villa. Yo creo, como cualquier hijo de vecino bien intencionado, q' el Supremo Gobierno debía atender los caminos de estos lados, cumpliendo la tan cacareada promesa de aquellos buenos tiempos de la pasada pero infeliz política, de hacer, mejorar y construir la carretera al Puriscal. Hacen también, en algunos ríos, falta grande buenos puentes, pues sólo en globo se podrán pasar. Dejé á quien corresponda, la tarea bienhechora de la composición de caminos, y paso á otras cosillas.

He notado con gran sentimiento, la abundancia de aguardenterías que hay en el centro de esta villa, y donde suelen reunirse aún en días de trabajo, algunos hijos de Baco, á pasar, como dicen ellos, su *domingo chiquito*, dando con esta conducta motivo justo de crítica para las autoridades que miran algunas veces, con bastante tolerancia ó disimulo semejantes abusos. Creemos y fiamos en que esto no está ni estará nunca de parte del activo y honrado Jefe Político quien se desvela por el cumplimiento de sus deberes, y también por el buen nombre de la Villa y sus habitantes.

El domingo 5 de los corrientes tuvo verificativo el turno, que de antemano estaba anunciado. Contribuyeron á dar animación y realce á tan filantrópica fiesta, los numerosos donativos de los vecinos y devotos; tomó parte activa la Filarmonía, que se prestó gustosa dejando oír sus melodiosos acordes durante el turno. Contribuyeron también los veraneadores y visitantes josefinos que tuvieron á bien tomar parte en las rifas y demás tentaciones que suele poner la fortuna á aquellos